

Santiago 23 de Enero de 1974

Señor  
Ernesto Iglesias  
Los Andes

Estimado amigo:

Perdóname el atraso con que contesto tu atento saludo de Pascua y Año Nuevo, que correspondo muy cordialmente para ti y todos los tuyos. Tras las luchas, angustias y desgarramientos que nos deparó 1973, ojalá este año nos traiga la paz en la justicia que tanto anhelamos.

Debemos agradecer a Dios que haya salvado a Chile del Totalitarismo marxista-linista que lo amenazaba, aunque la forma como ocurrió no corresponde a los ideales y tradiciones democráticas de nuestra Patria. Pidámosle que reestablezca la concordia entre los chilenos, facilite la vuelta a formas de vida colectiva acordes con esas tradiciones e ideales y haga fecundo el esfuerzo de reconstrucción nacional.

Estamos abocados a una tarea patriótica que nos compromete a todos. Ningún chileno debe excluirse ni ser excluido.

Cada cual ha de cooperar en su trabajo y en las diversas comunidades naturales de que forma parte.

En el trabajo se coopera realizando a conciencia, con celo y generosidad, las actividades ordinarias del diario vivir, sea como trabajador asalariado o independiente, como empresario o como profesional. Serviríamos eficazmente a Chile en este terreno, si lográramos provocar una verdadera mística del trabajo.

En la vida comunitaria se coopera participando activamente en las organizaciones vecinales, gremiales, sindicales, cooperativas, educacionales, culturales, deportivas, sociales, etc. que a cada uno corresponda, para impulsar el esfuerzo colectivo hacia metas de progreso y de justicia.

Se coopera también aceptando de buen grado las restricciones o limitaciones que impone la actual etapa que vive el país como un sacrificio indispensable con que todos los chilenos contribuimos a la recuperación de nuestra Patria. Cualquier resistencia indebida a esas restricciones solo serviría para hacerlas más duras y prolongadas.

El Gobierno está empeñado en una labor de saneamiento moral, económico y político frente a la crisis a que el país había llegado. Hay vicios, abusos y desviaciones de que los chilenos debemos liberarnos para que nuestra Patria pueda volver a la normalidad. Tal labor es necesaria y, aún que por su naturaleza no puede prolongarse indefinidamente, requiere tiempo. Debe durar el plazo necesario para crear las condiciones de seguridad, orden, respeto mutuo y estabilidad indispensable para una convivencia normal. Nuestra historia muestra otros períodos análogos al actual, como el de Portales o el del primer mandato del Presidente Ibañez, que permitieron a Chile reencontrar el camino de su institucionalidad democrática y de su progreso.

Debemos aportar a este esfuerzo de saneamiento, reconstrucción y unidad nacional, el ingrediente moral que nace de nuestros principios humanistas y cristianos.

No habrá concordia mientras subsista el odio. No habrá paz ni mística del trabajo si el egoísmo prevalece sobre la justicia y la solidaridad.

La unidad nacional no significa borrar las diferencias de opiniones. Por el contrario, sólo puede construirse sobre la base del respeto mutuo, única manera de reconocer en la práctica la dignidad de cada persona.

La historia prueba que no es posible fundar un orden duradero basado en la represión.

La necesidad social de hacer efectivas las responsabilidades, sancionando a los culpables no legitimará ningún género de persecuciones, ni autoriza para privar a nadie de los derechos que la ley natural reconoce a todo ser humano.

Hay quienes, impulsados por repentino celo, andan a caza de culpables y encuentran por doquier sospechosos a quienes acusar. Procuran así hacer méritos ante las autoridades, a las que de este modo prestan el peor servicio, puesto que las inducen a injusticias que deterioran su prestigio.

Las injusticias, las venganzas, los abusos de poder, las violaciones de derechos humanos, sólo generan sufrimientos indebidos, víctimas inocentes y, por consiguiente, resentimiento, división y odio.

Es nuestro deber procurar evitarlas, valiéndonos para ello de los medios legítimos que dentro de las circunstancias sean más eficaces. No se trata de hacer gestos románticos, sino de lograr - por el convencimiento de las autoridades o por las vías jurídicas- los mejores resultados posibles.

Igual consideración merece la suerte de los trabajadores. En vista del nivel de los precios, sus remuneraciones difícilmente les alcanzan a subsistir. Entretanto, hay empresas cuyas utilidades superan toda expectativa. A pesar de las claras advertencias de la Junta de Gobierno, pequeñas minorías parecen creer que todo lo sucedido en Chile tiene objetivo reestablecer sus privilegios y devolverles el poder económico, social y aún político que en el proceso de democratización de nuestro país habían perdido.

Debiera ser claro para todos que es esencial para el éxito de la reconstrucción nacional que todos los sectores económicos sociales concurren a los sacrificios en proporción a sus fuerzas y todos sean debidamente tomados en cuenta.

Si a los trabajadores se exige contribuir reduciendo aún más su ya bajo nivel de vida, con mayor razón deben contribuir los propietarios con su gravamen importante a su patrimonio y al mayor valor adquirido por sus bienes después del 11 de Septiembre.

Si para formar nuevos capitales se sacrifican las remuneraciones de los trabajadores, el ahorro así generado debe ser propiedad de ellos y no transferirse al bolsillo de otros.

Si los trabajadores han de ser el principal motor de la reconstrucción debe reconocérseles efectiva participación en las decisiones que les atañen y en los beneficios que se obtengan.

Al ayudar a hacer conciencia sobre estos criterios, cooperamos patrióticamente al éxito de la reconstrucción.

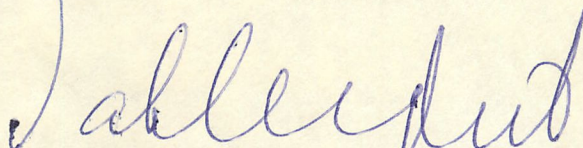
Este año 1974 debe ser para nosotros tiempo de reflexión y capacitación.

No está en nuestra mano ni sería bueno presipitar la marcha de los tiempos. Más temprano que tarde, el proceso que vivimos permitirá a Chile reencontrar el cauce de su institucionalidad democrática inherente a su vocación histórica y a la idiosincracia de nuestro pueblo.

Entretanto, cumplamos como personas nuestros deberes de chilenos y cristianos, y fortalezcamos nuestros espíritus en la fuente de nuestra doctrina,

Impedidos, por fuerza mayor de participar como cuerpo en la vida cívica, debemos preservar la unidad de nuestra familia y prepararnos para el futuro. Nuestros principios tienen valor universal y permanente. Ningún silencio podrá afectarlos ni borrarlos de nuestros corazones. Y nada puede ni debe impedirnos que cultivemos la amistad que nace de nuestra comunión en ellos.

En la confraternidad de siempre, te saluda cordialmente  
tu amigo,



PATRICIO AYLWIN AZOCAR